

EL “FANTASMA”

Emilio MARÍN TORTOSA.

El alba se abre paso entre la tupida neblina de aquella mañana de Septiembre. En lo alto de la colina, todavía embozado bajo la cobija de la espesa niebla, está situado el Cementerio. Las tumbas van cubriendo de finas gotas de rocío el satinado mármol de su lápida. Resalta su brillo como si un atento asistente hubiese empleado la noche lustrando su fría superficie. Alguna de las losas, de aspecto más siniestro, dejan escapar entre sus juntas el vapor de una respiración imposible, y las flores que sobreviven en su entorno sufren el asma de su aire putrefacto. El aspecto de la colina, a esas tempranas horas de la mañana, es triste, igual que la apariencia de una figura sentada entre las tumbas a la espera de un tímido rayo de sol.

Sin embargo, Teodoro, aunque lo parezca, no está triste. Él se encuentra, en medio de aquel espacio, como si estuviera en su propia casa. Y es que en realidad aquella era su casa. Él vive allí. Es el enterrador. La Autoridad deja que ocupe aquel empleo público, y él lo cuida como si fuese de su propiedad, y él, de alguna manera, lo considera así. Y es que Teodoro, para los habitantes de la isla, es un fantasma surgido en la noche de la más terrible tormenta conocida en ninguna parte, es como un cadáver más. Por eso, el Cementerio, es su espacio natural. Amable, nada molesto, casi hogareño, hasta los niños jugarían con él si su miedo no superase a su curiosidad. Un fantasma propio era algo notable que había que cuidar, pues aunque nadie sabe de dónde vino, le acogieron y le dejan estar allí.



Los fuertes truenos amenazan con romper en mil pedazos un cielo abarrotado de negras nubes. Pronto, los flatulentos ogros darán libertad al contenido de su irritado vientre. El mar comienza a agitarse anunciando lo

que puede ser una terrible galerna. El coro de aves canoras, acalla su polifonía para buscar refugio en los altos acantilados. En todo el amenazante panorama, a la difusa luz de los relámpagos, algo se mueve. Algo que parece tener vida junto a la arena de la playa.

Los remos se elevan en aquel cielo poco tranquilizador. Los remeros detienen su pesada tarea, y la chalupa, embestida por el oleaje, se desliza hasta la arena de la desierta playa. Dos hombres saltan de la barca, y luego algo pesado cae al agua. Los hombres recogen el fardo y lo arrastran hasta tierra unos metros lejos de las olas. Vuelven a la chalupa, se mueven los remos, y se alejan dejando el bulto en la soledad de la playa. Nadie ha podido, en la negrura de la tormenta, ser testigo de la maniobra de los marinos. Cuando amanezca, el velamen de la nave, de donde vinieron los misteriosos marineros, no será visible en el despejado horizonte.

El agua cae desde un enfurecido cielo formando una inmisericorde cortina acuosa. Los árboles se inclinan peligrosamente ante el empuje del viento. El paisaje, hermoso en la calma, cobra apariencia sobrecogedora. La arena, alrededor del bulto abandonado, parece hervir por efecto de la fuerza del agua que cae sobre ella, convirtiéndolo todo en una caldera en ebullición donde el fardo abandonado parece la carnaza para el guiso. Las aves han encogido sus alas al amparo de sus nidos, los animales terrestres se esconden en las madrigueras, y por doquier reina la quietud de la muerte.

Pasan unas horas y algo se mueve en la arena. El abandonado fardo parece cobrar vida. Primero son unos tenues movimientos, luego se agita como presa de un ataque epiléptico, y al final se levanta del suelo. Es un hombre, mejor dicho, el espectro de un hombre. Puede ser un polizón, o un marinero castigado y abandonado en aquella isla. La sombra, una más en aquella triste noche, comienza a moverse buscando orientarse en aquel lugar imposible. En esa maniobra se puede apreciar lo lamentable de su estado: la cabeza, despejada de tocado, muestra una larga cabellera que oscila sobre un cuello largo y huesudo que emerge de un torso carente de dignidad. En su enflaquecido rostro, dos ojos enloquecidos luchan por no escapar de su lugar natural. Sus sarmentosas piernas bajan hasta el suelo para descansar sobre los pies desnudos, demasiado grandes para un cuerpo tan magro. Su pobre vestimenta podría servir de uniforme a una tropa vencida y en desbandada. El despojo humano se desliza sobre el embarrado suelo buscando refugio en los cercanos árboles. Allí esperará un incierto amanecer.

Y lo incierto llega en brazos de un sol pletórico en fuerza y belleza. La suave brisa que llega desde el mar, agita los árboles y deposita sobre el rostro de Teodoro, (pues él es el fardo abandonado en aquella playa en una noche tan borrascosa) una fina lluvia de frías gotas de agua. Esa lluvia, que saluda el nuevo día del desahuciado, es un bálsamo para su maltratada

Emilio Marín Tortosa

epidermis. Lame esas finas gotas para calmar el hambre, pues su estómago reclama la caridad de algo para comer. Tras varios intentos logra ponerse de pie, y pasea sus cansados ojos por todo lo que se ofrece a su perpleja mirada. Delante de él se extiende una playa de finísima arena que parece jugar con las suaves olas que la visitan. A su alrededor es todo verde. Verde de unos árboles que se elevan y forman sobre él, allá en lo más alto, una espesa bóveda.

La vida parece volver a las inanimadas cuencas, las ramas de los árboles más pequeños, le ofrecen sus frutos. La visión inyecta fuerzas al desfallecido, que comienza a comer de aquel manjar como si el espejismo se fuese a borrar en un instante. Anda el bosque comiendo y avanzando hacia el interior, de pronto la arboleda termina a los pies de una pradera. La verde alfombra se eleva, poco a poco, hasta lo alto de una colina. En lo más alto, la colina esta coronada por un muro de poca altura, apenas un metro se eleva sobre la hierba. Una huella de vida humana. Y en la muralla, sobre un pilar más alto, una cruz destaca sobre el azul del tempranero cielo. Aquel era un lugar sagrado. El extranjero se detiene al borde del arbolado. Duda entre acudir a lo descubierto, o retroceder hasta la protección del bosque. Esta duda se acentúa cuando ve a su espalda la barrera natural que daría respuesta a su instinto de protección frente a la amenaza que siempre se puede esperar de una obra humana. Pero sus pies, obedientes a una inercia que siempre escoge lo más inconveniente, le conducen hacia la cumbre acotada.



El barro frena sus pasos, y le aconsejan que vuelva sobre ellos buscando un mejor refugio, pero él cree que quien quiere detener su ascensión es el mal, y de forma inconsciente se impulsa hacia arriba en busca de lo que, a lo peor, no es más que un espejismo fruto de su desesperada situación. Tropieza con el muro que le cierra el paso, y ese golpe le devuelve a la realidad. Allí estaba la tapia. Palpa las piedras buscando la confirmación de aquella certeza. Luego, no sin esfuerzo, consigue elevarse y pasar al otro lado. A la temprana luz de la mañana, allí dentro, las lápidas brillan como si alguien hubiese esparcido cristales sobre

ellas. Al otro lado, en la parte mas elevada, se encuentra la única construcción del lugar. Y hacia ese único techo se dirige.

Llega hasta la pequeña construcción. La verja que le sirve de puerta está abierta. Entra. Allí dentro se encuentra con lo que era una pequeña capilla, con su mesa de altar, su santo en la hornacina, y sus aceiteras encendidas. Un abovedado techo es la mejor noticia. Aquel es un buen lugar para reposar de tanto cansancio. Una lápida ocupa el centro del suelo, y allí, sobre el frío mármol, se deja caer rendido en busca del sueño reparador.

La Isla no era más que un peñasco en medio del océano. Como si a la satinada superficie le hubiese salido una verruga fruto de alguna erupción volcánica. Se encontraba en el camino de una corriente, que con el paso de los años, mejor siglos, ha ido acumulando tierra, plantas, y residuos de algún naufragio, con lo que fue creciendo hasta convertirse en un lugar pequeño, pero agradable donde se podía vivir. Primero fueron algunas aves que encontraron un lugar para descansar en su larga travesía, y unas pocas construyeron allí sus nidos. Después, procedente de algún naufragio, llegaron hasta sus playas varios botes con personas y animales.

Aquellos desventurados pusieron pie a tierra, en lo que sin saberlo iba a ser su tierra prometida, su hogar definitivo. Se trataba de un grupo de colonos que hacían aquella travesía en busca de la tierra prometida, y que pudieron salvar las semillas y sus animales. Conscientes de que habían llegado a un lugar solitario perdido en medio del mar, decidieron instalarse como si aquella fuese la tierra que iban buscando. Se pusieron a roturar para luego sembrar las semillas, y plantar lo que pudieron salvar del naufragio. En poco tiempo construyeron sus cabañas, y la tierra fértil pronto dio su fruto. Así comenzó a funcionar un núcleo social bien avenida, pues no hay que olvidar que todos tenían una procedencia, y una cultura común. Aquel nuevo asentamiento en medio del océano, vino muy bien a algunos barcos que buscaban allí el abastecimiento de agua y llenar su intendencia. Algunos, cuando conocieron el lugar, decidieron establecer allí su negocio. Así creció el colectivo que habitaba La Isla. Y allí es donde Teodoro fue a naufragar.

La tormenta duró cuatro días. El cielo descorre sus cortinas, y deja pasar la luz del sol, llevando la calma a los lugares más lejanos. En un día así, los habitantes se acercan hasta la playa esperando ver llegar despojos de algún naufragio. La espera siempre se veía recompensada en forma de maderas, trozos del velamen, baúles con ropas, cajas con herramientas, medicinas, y hasta sacos con grano que serviría como semillas. Con esta accidentada intendencia, la comunidad iba aprovisionándose de nuevas cosas que hacían más llevadera la vida de supervivencia que allí se tenía.

Emilio Marín Tortosa

Esa mañana también tuvo su particular cosecha. En el horizonte, los destellos del sol, descubren una vela impulsada por la brisa. La visión hace que los lugareños alteren la tranquilidad de aquel día. Nunca antes había ocurrido algo semejante. Después de una tormenta, lo que llegaba la hacía siempre empujado por las olas, pero en esa ocasión, lo que llegaba era algo que navegaba rumbo a ellos. ¿Qué podría ser? ¿Vendría algún humano en lo que parecía una barca? El viento favorable pronto trae la barca hasta la orilla. Los expectantes testigos, ven que lo que presentían que era una barca, solo era una balsa hecha con troncos de mástil, y un trozo de lona. La balsa y su cargamento quedan varados en la arena. Tendida sobre los troncos, una figura humana, vistiendo armadura, capta la atención de todos. ¿Quién sería el náufrago?



La visión de lo que había en la balsa, impresiona a los lugareños. Nunca antes habían visto a nadie equipado de aquella manera, todo forrado de metal. ¿Y si no era humano? ¿Y si era una máquina? Ese pensamiento hace que retrocedan. Sienten temor. Era la primera cosa desconocida que llegaba a la isla, y la ignorancia de su naturaleza les confunde. ¿Cómo actuar? En la incertidumbre de esa duda estaban los notables del lugar, cuando aquella cosa, con aparente esfuerzo, se incorpora, y todos pueden ver que el hombre desconocido, pues ahora saben que se trata de un humano, lleva en su mano un enorme espadón.

El numeroso grupo de curiosos, retrocede. Todos habían oído contar historias sobre los hombres de armas, y todas eran terribles. Y lo que la tormenta les acaba de traer hasta su isla, era un guerrero. Lo cierto es que la imagen del guerrero, erguido sobre la balsa y armado, impondría miedo y respeto a cualquiera que hubiera estado esa mañana en la playa. El gigante, pues por su estatura se le podía considerar como tal, anda unos pasos vacilante y termina cayendo de bruces sobre la arena, con todo el estruendo del metal que lo vestía.

Hay un momento de parálisis general, nadie se mueve, hasta que alguien más decidido dice que había que sacar de la arena al caído. Acuden varios hombres en auxilio del náufrago. Uniendo sus fuerzas consiguen montarle en un carro y le llevan hasta el pueblo. El herrero consigue quitar la armadura a lo que resultó ser ya un cadáver. Colgada del cuello, el Gran Hombre, que así le nombraban, llevaba una bolsa. El Jefe del Consejo Municipal se hace cargo de ella. En el salón del Consejo, rodeado de sus compañeros, descubre lo que guardaba la bolsa. Sobre la mesa caen varios pergaminos. Cuando intentan leerlos, ven que estaban escritos en una lengua extranjera. Nadie los entiende. Pero pronto llegan al acuerdo de que, por los adornos que los orlan, y por las coronas que los adornan, el guerrero que ahora permanece en el centro de la plaza, había sido un noble. Un guerrero con títulos nobiliarios. ¿Qué hacer?

Esa era la pregunta: ¿Qué hacer? Los miembros del Consejo se revuelven en sus asientos ante la incomodidad de la situación. Unos opinan que lo mejor sería devolverlo al mar, otros dicen que se le enterrase en un lugar escondido y que se olvidasen del suceso. El Jefe del Consejo pide silencio.

.- No debemos precipitarnos al tomar una decisión así. La llegada del Gran Hombre, ya es conocida por toda la isla, y sería imposible ocultarlo, ni olvidarse de él fácilmente. Lo que nos conviene a todos ahora, es que este hecho, que quedará en el recuerdo de nuestra gente, tenga una visión positiva.

Los allí reunidos, se miran extrañados. No saben a dónde quiere ir a parar su Alcalde.

.- Yo propongo, y espero que a todos os parezca bien, que lo mejor es que construyamos un mausoleo para darle una honrosa sepultura. Nuestro pueblo carece de hombres ilustres que puedan servir de orgullo y ejemplo para nuestra comunidad. Todos somos agricultores, y poco más. En cambio, si grabamos en su tumba todos los títulos, y los escudos nobiliarios, que aparecen en estos papeles, tendremos entre nosotros, a un ilustre paisano que fue noble y guerrero que llevó el nombre de nuestra isla, más allá de los confines.

Ahora en la sala se hace más espeso el silencio. En general, la propuesta del Jefe Municipal, parece aceptable, aunque alguno ya piensa en lo que le va a costar el tal mausoleo. Otros, los enemigos políticos, piensan que lo que quería el Alcalde es asegurarse de que él tendría también un mausoleo que le sirva de tumba. ¡Este hombre es un cretino! Pero después de una agria discusión, la propuesta es aceptada por una escasa mayoría. Al día siguiente se pusieron manos a la obra, y pronto, en el Cementerio, surgió la pequeña capilla que iba a servir de mausoleo al Gran Hombre.

Veamos cómo Teodoro llega a ser abandonado como un desecho en una playa lejana durante una tormentosa noche:

Teodoro termina con sus huesos en la cárcel. Viendo la forma de vivir del muchacho, mucha gente se lo había pronosticado así. Pero el temerario Teodoro hacía burla de aquellos agoreros. Él era muy listo y nunca, nunca, se dejaría coger por los representantes de la autoridad. Y así parecía que iba a suceder. Pasaban los años, y sus actividades fuera de la ley iban en aumento igual que su fama de truhán. Confiado en su buena estrella, y al mismo ritmo que cobraba el botín de sus fechorías lo dilapidaba en juergas y otras actividades inconfesables. Su vida transcurría al filo de la navaja, sorteando uno y mil peligros, y todo iba normal hasta que un día, un tropiezo le hizo caer en manos de la autoridad. Desde entonces sus días transcurren en un ir y venir de cárcel en cárcel.



Su audacia y torpeza acabó por costarle cara. A pesar de que él, en aquella ocasión, se consideraba una víctima. Se encontraba en el mercado buscando algún incauto a quien desplumar, cuando un carruaje irrumpe en la plaza al galope y va atropellándolo todo a su paso. Los tenderetes ven su mercancía por los suelos, y la gente cae unos sobre otros. Teodoro también se ve en el suelo entre un montón de encajes y enaguas de mujer. Pasa el momento del pánico, y poco a poco la gente se va recuperando del susto. Las enaguas que sepultan a Teodoro, son de una mujer mayor con un genio de mil demonios, que tarda en recobrar la compostura entre insultos y bastonazos al joven enmascarado, si no sale por piernas, se hubiese llevado unos buenos chichones por los golpes de la dueña de las enaguas.

Unas tres manzanas a todo correr, y termina el fuelle de su respiración. Se lleva una mano a la frente para sacudirse el sudor, y nota que en su cabeza se le ha enrollado algo. Se lo quita y comprueba que es una bolsa de las de faltriquera. La esconde rápidamente antes de que alguien reparase en la anomalía. La codicia se dibuja en su rostro pensando que la bolsa pueda contener una buena cantidad de dinero. Los encajes que cayeron sobre él, eran de mucha calidad. Mete la mano en el saquillo, y

Emilio Marín Tortosa

encuentra un papel. Aquello podía ser un billete de banco. Él no es muy partidario de aquellos papeles, él prefiere las monedas de oro. Saca el papel. El lugar está solitario, nadie le puede ver, y se decide a leer. La sorpresa es grande, lo que él deseaba que fuese un billete de banco, que siempre podría vender a buen precio, era un billete, pero no de banco, aquel era un billete de los que se suelen mandar los enamorados.

Trata de acompasar la respiración alterada por la decepción recibida. Aquella bruja del bastón debe ser una alcahueta, que en el barullo del mercado había perdido la bolsa con el recado. En el papel solo figura una dirección, una fecha, una hora, y la huella de unos labios rojos. ¿Qué hacer? La duda le dura poco al descerebrado Teodoro: Acudirá a la cita. Tal vez, su buena fortuna había puesto a su alcance una aventura amorosa, y quién sabe si puede sacar provecho de un chantaje.

